

The cover art features a central character, a young man with a determined expression, wearing ornate, golden and silver armor with a red cape. He is holding a large, golden sword. The background shows a stylized, ancient-looking building with a large, glowing yellow crystal or gem on the left. The overall color palette is dominated by gold, silver, and red, with a hazy, atmospheric background.

WORLD
WARCRAFT®
THE WAR WITHIN™

LAFEY
LALLAMA

L. L. MCKINNEY

Faerin Lothar se sentó en la que más le gustaba de las tres sillas de cuero que había fuera de la oficina del Gran Kyron. Ya la conocía bien, sobre todo las pequeñas muescas del reposabrazos derecho. Muchos prendelámparas y aspirantes a serlo habían rascado el acabado por culpa de los nervios. Ella incluida.

La luz de Beledar se filtraba a través de las elevadas ventanas de la pared más alejada formando unos rayos de resplandor áureo que recorrían el pasillo y lo fragmentaban con formas oblicuas. Aquel tendría que haber sido un espacio para la tranquilidad, el refugio y la paz. En su lugar, Faerin sentía la misma incomodidad que le había atenazado las entrañas durante casi una hora y que había acabado por propagarse al resto del cuerpo. La sensación se apoderó de sus piernas, que comenzaron a moverse, y de su brazo, lo que hizo que sus dedos comenzaran a tamborilear sobre la rodilla.

Cerró los ojos intentando pensar en cualquier cosa que no fuesen sus divagaciones mientras las palabras de Anduin Wrynn le venían a la mente. *«Deberías acompañarnos. Ver mundo». Dejar que te vea bien él...»*. La invitación se le había quedado grabada tanto como las historias que le contó. Dibujaban una imagen del viejo mundo en su mente, pero en una forma renacida: historias de un lugar lejano sobre héroes y leyendas, mitos como los

que habían nacido a partir de su linaje. El nombre de Lothar era una herencia que ella había rechazado el día que se fugó a bordo del Ascenso de Ariaah creyendo que estaba evitando un destino escrito ya en historias polvorientas y pergaminos decrépitos. Había un montón de leyendas que se le habían quedado clavadas en el corazón como astillas, y todas eran leña que alimentaban una única y abrasadora verdad: no aspiraba a vivir una vida dedicada al pasado.

Pero Anduin le había contado cosas sobre su familia y ahora sabía que el nombre de Lothar había pertenecido a un gran campeón de su pueblo... ¿Y si el pasado pudiera revelarles el camino a seguir? No con libros, sino con desafíos y victorias. Esas historias sobre héroes que seguían una vocación que no eran capaces de explicar, una causa mayor de lo que podían comprender, pero que sabían superior a ellos, habían dejado huella en el interior de Faerin. Notó una sensación conocida que le zumbaba en la nuca, parecida a lo que había provocado que fuese a los muelles aquel fatídico día. Un deber. Una carga. Esa era la diferencia entre ella y el resto de su familia. Ella oía esa vocación en lo más profundo de su ser, mientras que ellos creían que eran los caprichos de una cría.

Ahora la oía de nuevo.

Incapaz de contener su inquietud, se puso en pie y recorrió la sala superior de un lado a otro. El resto del edificio permanecía, por suerte, en silencio, abandonado mientras sus compañeros prendelámparas comenzaban sus tareas diarias. Por eso ella había elegido aquella hora: lo bastante temprana como para que nadie se percatara de su ausencia, al menos durante un tiempo. No quería dar explicaciones a nadie sobre lo que tenía pensado para luego tener que enfrentarse a su decepción o tristeza. Más que nada, lo que no quería es que nadie intentara que cambiase de opinión. Y tampoco es que eso fuera posible. Las únicas personas que habrían podido conseguirlo... ya no existían.

Sintió que tristeza le atenazaba el pecho, pero la acalló, la empujó hacia los rincones más ocultos de su ser a cada paso que daba.

—Cálmate —murmuró en medio del silencio.

Durante mucho tiempo había creído que la Llama sagrada la había convocado a Santificación. Que, como guerrera bendita por la Llama que era, *debía* estar aquí. Pero en lo más profundo de su ser siempre había albergado algo más... voraz.

Sonrió mientras afloraban diversos recuerdos en medio del silencio. Permitted que le inundaran la mente; lo que fuese, con tal de dejar de darle demasiadas vueltas a sus planes, a lo mal que podría salir todo y lo que tendría que hacer llegado el caso.

Los recuerdos del orfanato la envolvieron. Lo vacío que estuvo al principio, excepto para Faerin, que fue el único niño de toda la expedición durante un tiempo. Apenas el titileo de una vela en una caja de yesca abrumadoramente grande. El edificio le había parecido gigantesco e imponente. ¿Quién iba a decirle que tanto espacio acabaría por resultarle asfixiante?

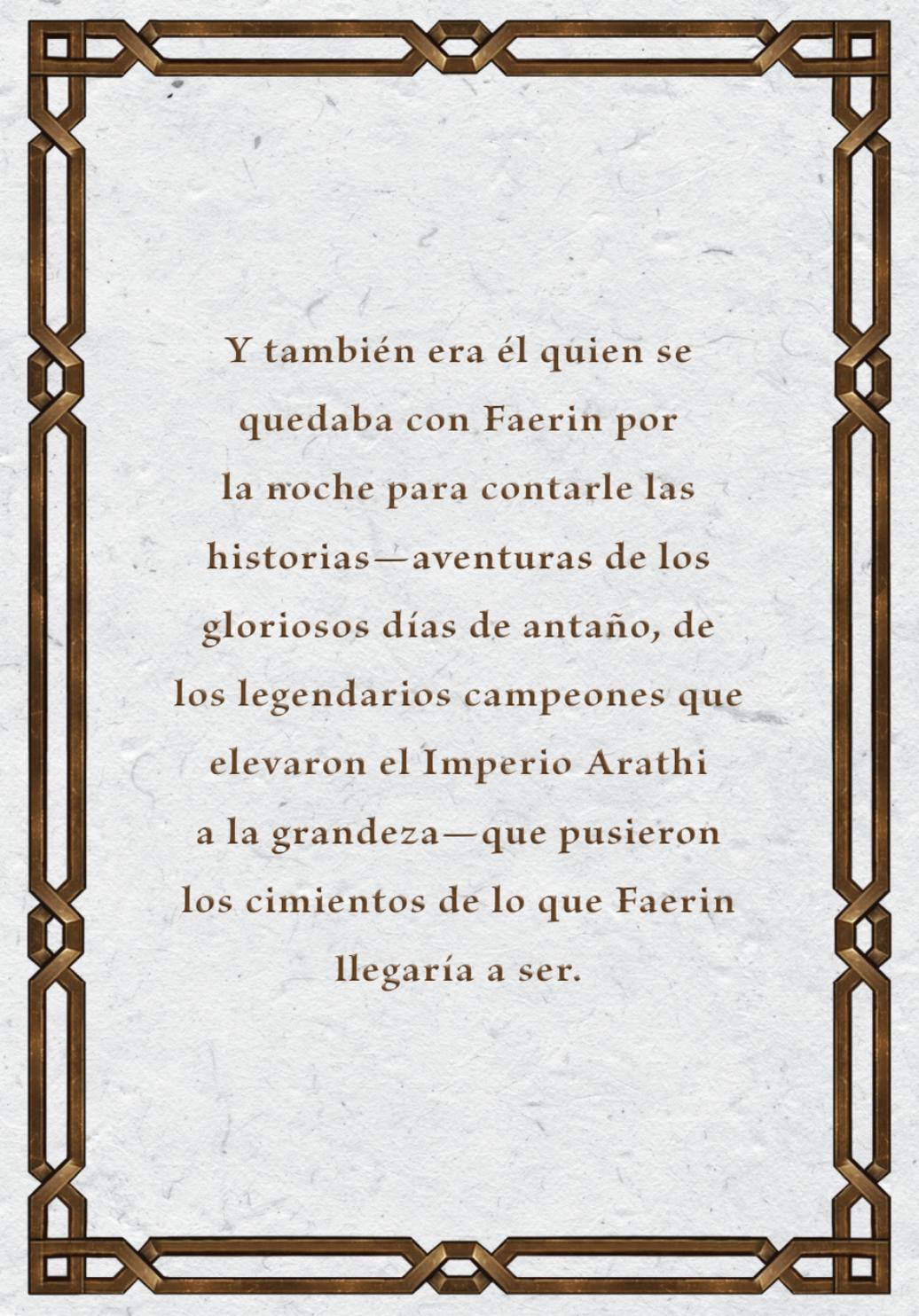
La única persona que le hizo soportables aquellos días fue Sygfraed Pirasedio. Lo habían nombrado cuidador del orfanato en Mereldar. El anciano estaba menos envejecido y abatido por aquel entonces. «*Son las señales de una vida bien aprovechada*», solía decir. De hecho, lo repetía con frecuencia, sobre todo cuando la reñía diciéndole que no corriera por ahí, se tirara por allá o trepara por alguna parte. Aunque la general Vaelisia Golpeacero era la tutora oficial de Faerin, Sygfraed había sido quien se encargaba de sus necesidades diarias en el orfanato. Fue él quien se aseguró de que estudiara y memorizara las normas de Golpeacero, cosa que tampoco evitó que Faerin se las saltara con frecuencia.

Y también era él quien se quedaba con Faerin por la noche para contarle las historias —aventuras de los gloriosos días de antaño, de los legendarios campeones que elevaron el Imperio Arathi a la grandeza— que pusieron los cimientos de lo que Faerin llegaría a ser.

—¡Quiero que me cuentes una sobre una batalla! —pidió Faerin una noche, recién bañada y vestida con un camisón de lana adecuado para una noche templada como aquella.

El viento teñido de cobre que soplaba del norte se coló por las ventanas abiertas para mecer las cortinas y revolver los papiros desperdigados y llenos de garabatos de sus estudios del día. Habida cuenta de que había dibujado a la general Golpeacero con cabeza de lince, cualquiera habría podido pensar que no se había tomado muy en serio las clases.

—Madre mía —rió Sygfraed mientras acomodaba las apartadas almohadas de Faerin y un destello de alegría iluminaba su rostro moreno—. Las historias se cuentan



Y también era él quien se quedaba con Faerin por la noche para contarle las historias—aventuras de los gloriosos días de antaño, de los legendarios campeones que elevaron el Imperio Arathi a la grandeza—que pusieron los cimientos de lo que Faerin llegaría a ser.

después de meternos bajo las sábanas. De lo contrario, ¿cómo iban los soñadores a atrapar tus pensamientos errantes?

Faerin resopló, volvió a la cama e introdujo las piernas bajo las sábanas a golpe de patadas, aunque no se acostó. Se ajustó el gorro de paño que le cubría las trenzas y se quedó mirando al hombre fijamente y con los ojos entornados. —Los *soñadores* no existen.

—Pues claro que sí —respondió Sygfraed con un resoplido ofendido—. ¿Quién si no te trae las visiones mientras duermes? Los duendecillos desde luego que no. Le dio unas palmaditas a la almohada recién ahuecada e hizo además de coger un pesado libro de una mesa cercana.

Faerin lo miró y contuvo el aliento al ver que sus dedos rozaban la tapa, pero no hacían nada más. Durante un instante, tamborilearon sobre ella, esperando. Con una risita, Faerin acabó por taparse con la sábana y se la subió hasta la barbilla. No pudo contener una sonrisa mientras Sygfraed le guiñaba un ojo y acababa de coger el libro, con los brazos ligeramente inclinados debido al peso.

—Veamos —dijo el anciano mientras se ponía el libro en el regazo para abrirlo—. ¿Y si te cuento alguna menos estimulante?

—Ayyy —protestó Faerin con una exageración más que ensayada—. ¡Las historias de pelea son las mejores!

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¡Sí eres fuerte, luchas! Todo lo demás es *aburrido*.

Sygfraed exhaló de una forma que no expresaba exactamente una crítica, sino una invitación a recapacitar sobre lo que había dicho.

—¿Tú crees? Pues mira, eso me ha dado la idea perfecta para la historia de esta noche.

El anciano abrió el libro y siguió con los dedos el trazado de las enredaderas que enmarcaban la página. Un suave brillo dorado brotó de la tinta y envolvió el libro. Las páginas comenzaron a pasar hasta detenerse en un punto más avanzado.

—¡Guau! —exclamó Faerin con los ojos abiertos de par en par, maravillada. Nunca había visto que el libro hiciera eso—. ¿Sabes hacer magia?

—Me temo que no —rió Sygfraed para, acto seguido, agachar la cabeza y susurrar, a modo de confidencia—: pero el libro sí.

Faerin se acomodó un poco más, embelesada.

—*Esta historia* —comenzó Sygfraed mientras daba unas palmaditas sobre la página abierta— es especial, ya que ha permanecido oculta entre todas las contiendas y batallas. Casi se ha olvidado debido al juramento que realizaron los guardianes de los secretos, que son los custodios de nuestros secretos más secreticios.

La Faerin de ocho años absorbió cada una de aquellas palabras inventadas, pero, claro, esa era precisamente la magia de las historias.

Sygfraed carraspeó de una forma teatral y comenzó a leer:

—*La balada de Craishae de la Primera Llama: Historia de la reina perdida de Arathor.* Cuenta la leyenda que Craishae era hija de reyes, como descendiente del linaje de Thoradin.

»Fue tu antepasada —añadió alzando la voz y los brazos frente a Faerin.

La niña fue incapaz de contener una exhalación de emoción.

—¡Nunca había oído hablar de ella!

—Pocos la conocen —prosiguió su cuidador—. Este es solo uno de los muchos mitos sobre la reina perdida .

»Craishae era una niña alborotadora llena de fuego y espíritu —siguió leyendo—. Poseía un espíritu brillante e inteligente, pero solía dejar de lado sus estudios y tareas para ponerse a jugar o aventurarse por la espesura.

»Vamos, como alguien que conozco —añadió Sygfraed con tono de fingido reproche—. Era la mayor de los hijos de su padre y de su madre, una noble de Quel'Thalas. Le apasionaba la naturaleza y pasaba mucho tiempo aprendiendo a conocer los bosques y los ríos que salpicaban la tierra y haciéndose amiga de criaturas y de todo tipo de personas. A pesar de su estatus, a Craishae le encantaba pasar tiempo con la gente. Le tenían mucho respeto, pero ella rechazaba todo tipo de trato especial. Poseía una habilidad innata para la lucha, y el domino de lo Arcano se encontraba entre sus talentos naturales.

»Mientras se hacía mayor, se abatió sobre la tierra una terrible maldición que lo corrompía todo y convertía en una bestia sañosa a todo aquel con el que entraba en contacto. La gente se enemistó con sus seres queridos, y muchos hogares y aldeas resultaron arrasados. El reino se vio asediado por enemigos interiores y exteriores.

»Durante el punto álgido del conflicto, un ejército de criaturas deformes abrió una brecha en la Muralla de Thoradin, la estructura que se había alzado como centinela inquebrantable de aquella tierra durante generaciones. Craishae fue testigo de aquella devastación de primera mano, así que puso todas sus habilidades y su poder al servicio del reino para protegerlo. Daría caza al origen de aquella maldición mágica y lo erradicaría.

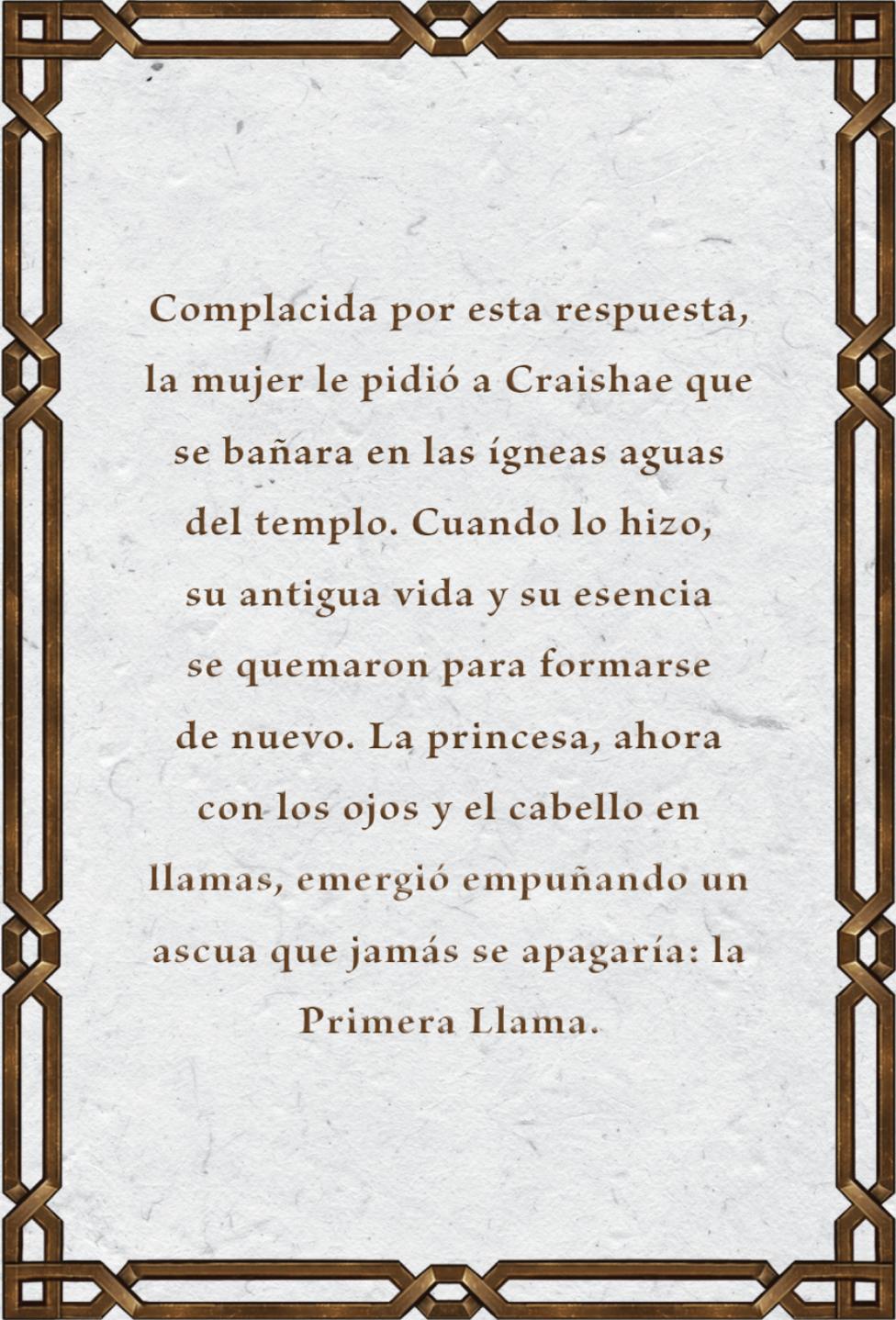
»Durante los meses siguientes, libró batalla tras batalla y cosechó grandes victorias mientras ayudaba a los demás a sobrevivir a terribles pérdidas. En uno de esos combates, mientras los monstruos rodeaban a la princesa y a sus aliados heridos, desató un torrente de llamas y luz como nunca se había visto. Cuando se asentaron el humo y el polvo, la princesa esgrimía su fuego en forma de espada y escudo. Pertrechada con su armadura reluciente y ardientes armas, era como si Craishae dominara el poder del mismísimo sol.

Faerin se había imaginado a aquella guerrera resplandeciente —su antepasada— con una piel prístina y oscura como la suya, envuelta en un poder radiante.

—Aunque la princesa salió triunfante, el tiempo corría en su contra. La maldición se fue extendiendo, y la guerra dio un vuelco terrible. Una fuerza invisible fortaleció el pavoroso encantamiento para acelerar su propagación. Las defensas comenzaron a desmoronarse. Toda esperanza parecía perdida.

»Sin embargo, una noche, mientras dormía en su tienda cerca del frente, la princesa Craishae recibió la visita de una entidad de luz. Le concedió una visión y le habló sobre un lugar escondido en lo profundo de la espesura. Un templo donde se encontraban el corazón del mundo y el ojo de los cielos. Pero solo lo encontraría si era lo bastante fuerte. Su alma debía ser pura para dominar su poder.

»Y así, Craishae partió por su cuenta y recorrió el continente enfrentándose a enemigos y monstruos mientras rezaba para que su pueblo sobreviviera un día más. Cuando al fin encontró el templo perdido, subió por las escaleras, abatida y agotada, pero preparada para luchar contra cualquier guardián que se interpusiera en su camino. En lugar de eso, en la cámara central, descubrió al ser de luz de su sueño. Ahora tenía la forma de una mujer vestida con togas de polvo de estrellas que custodiaba una poza de luz y fuego arremolinado. La mujer le dirigió la mirada mientras le cambiaba el rostro.



Complacida por esta respuesta,
la mujer le pidió a Craishae que
se bañara en las ígneas aguas
del templo. Cuando lo hizo,
su antigua vida y su esencia
se quemaron para formarse
de nuevo. La princesa, ahora
con los ojos y el cabello en
llamas, emergió empuñando un
ascua que jamás se apagaría: la
Primera Llama.

Su cara cambió de elfa a humana para luego convertirse en trol, y así sucesivamente. Cada vez que se movía, su apariencia se modificaba.

»La mujer, tras identificarse a sí misma como la Sucesora, le explicó a Craishae que había notado algo en ella. Algo dispuesto a luchar en defensa de los demás. El mundo iba a necesitar esa fuerza en las eras venideras, igual que el reino de Craishae dependía de ello ahora. «Por eso te he convocado a este lugar sagrado —dijo la Sucesora—. Para ofrecerte los medios para derrotar a esta pesadilla».

»La princesa se sintió embargada por un alivio tan intenso que estuvo a punto de perder el sentido. Le confesó que había tenido que recorrer un largo viaje para encontrar un poder capaz de salvar a su pueblo y, al fin, su misión parecía a punto de terminar.

»Pero al oír estas palabras, la Sucesora pareció decepcionada. Si de verdad era poder lo que buscaba Craishae, entonces su pueblo y ella caerían derrotados ante el mal que se apoderaría del mundo.

»Pero la princesa corrigió a la mujer. «No he venido en busca de poder —le aclaró— sino en busca de un propósito. Ayúdame a librar a mi reino de esta maldad y dedicaré mi vida a defender *todas* las tierras».

»Complacida por esta respuesta, la mujer le pidió a Craishae que se bañara en las ígneas aguas del templo. Cuando lo hizo, su antigua vida y su esencia se quemaron para formarse de nuevo. La princesa, ahora con los ojos y el cabello en llamas, emergió empuñando un ascua que jamás se apagaría: la Primera Llama.

»Porque, verás: por aquel entonces no había paladines —le explicó Sygfraed—. Había muchos magos, sí, pero, cuando Craishae volvió con el ascua, esgrimía tanto la Luz como el fuego para expulsar al mal que había intentado conquistar la tierra. La reina incluso purificó a aquellos que habían caído presas de la maldición y volvieron a su forma original.

»Tras ganar innumerables batallas y gobernar como reina muchos años, Craishae legó el reino a sus hijos, que habían heredado parte de aquella ascua que ardía en su interior. Con el tiempo, compartieron sus enseñanzas con la gente para que iluminara el camino futuro. Craishae viajó por el resto del mundo con lo que quedaba de su poder en un intento por dar con el origen de la maldición y purgarla, de modo que su reino y el mundo pudieran estar a salvo para siempre.

»Cada vez pasaba más tiempo entre cada visita de la antigua reina a algún sitio, hasta que llegó un punto en el que no quedó nadie que pudiera decir dónde se encontraba. Con el tiempo, se convirtió en una leyenda, una de esas que se transmiten de generación en generación. Tal y como he hecho yo con esta historia —acabó con un murmullo Sygfraed mientras cerraba el libro, cuyo brillo perduró aún un instante antes de apagarse.

Aquella noche, Faerin no pudo dormir. Esperó a las primeras horas de la mañana para salir de la cama y tratar de encontrar la historia, pero nunca volvió a ver aquellas páginas.

A pesar lo cual, la reina Craishae y su historia pervivieron en el corazón de Faerin y reforzaron siempre su espíritu. Era posible que hubiera heredado de su antepasada la necesidad de acudir allá donde sentía que debía estar y hacer todo lo posible por su gente. Por su fe.

Una fe que había llevado a Faerin al otro lado del mundo, y quizá, más allá.



—¿Faerin?

La voz sonó tan cerca que la joven salió de sus ensoñaciones dando un respingo. Al volverse, se encontró con una cara conocida: la de la prendelámparas Meradyth Lacke.

—Meradyth —suspiró Faerin.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —preguntó Meradyth mientras se acercaba.

—Tampoco ha sido mucho. Hay un asunto que quiero hablar con el Gran Kyron.

Faerin se apoyó despreocupadamente contra el muro, como si no hubiera tenido que dar un paseo para tranquilizarse apenas unos instantes atrás.

—Acabo de verlo —dijo Meradyth mientras hacía ademán de volver la cabeza, pero al final se detuvo—. Se ha ido a hablar con Anduin. Tengo entendido que se marchará pronto, y también los demás...

—Lo sé —lo interrumpió Faerin.

Meradyth hizo una pausa con la nariz arrugada. Era una expresión que Faerin reconoció con facilidad.

—¿Va todo bien? Pareces... un manojo de nervios.

Faerin frunció el ceño sin poder evitarlo.

—Ah, ¿sí?

Meradyth se limitó a sonreír. Una gesto modesto y auténtico.

—Sí. ¿O quizá sería más apropiado decir que pareces *inquieta*?

No le habría costado evitar el tema. Si le daba la razón lo estaría reconociendo, pero entonces Meradyth dejaría de hacerle preguntas, y Faerin podría hablar con ella a su debido tiempo.

El entrenamiento, el proceso de ascender en las filas de la organización y el tiempo que habían pasado juntas había hecho que se hicieran amigas de forma inesperada. Donde al principio no había sino desconfianza, ahora existía una camaradería auténtica. La única pega que Faerin le ponía a la antigua reservista Meradyth es lo bien que la *conocía*.

—Con todo lo que he tenido que afrontar últimamente, cualquiera se sentiría inquieto —se justificó.

—Es verdad, cualquiera menos *tú* —respondió Meradyth poniéndose de brazos cruzados. Arqueó una ceja. Llevaba recogido el pelo rubio y ligeramente canoso, lo que le daba un aire severo a su gesto—. Tu fe es inquebrantable.

—Y eso no ha cambiado.

Faerin regresó a la fila de sillas y se volvió a sentar en la del centro.

—Solo quiero hablar sobre algo importante que ocurrió durante el enfrentamiento contra la Presagista.

La sonrisa burlona se borró de la cara de Meradyth.

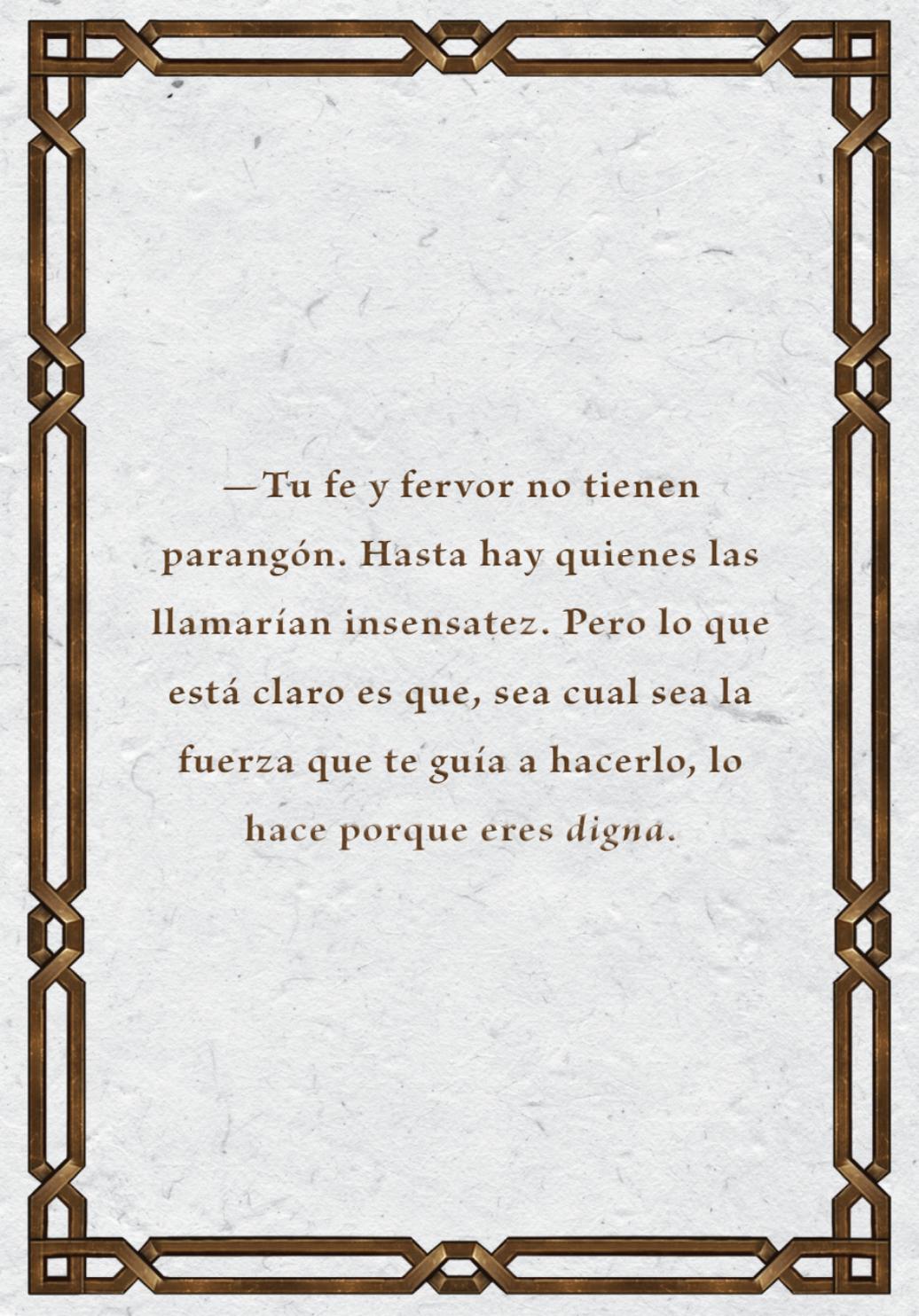
—Desembucha. ¿Qué ocurre?

Faerin inclinó la cabeza hacia abajo ocultando el rostro para que Meradyth no pudiese entrever la verdad.

—Todo va bien, te lo prometo. No hay de qué preocuparse.

Meradyth se la quedó mirando una vez más, como si estuviese tratando de decidir si creía lo que decía. Finalmente, pareció tomar una decisión, y se le hundieron los hombros mientras exhalaba un débil sonido de derrota.

—Si insistes... Cuando termines de hablar con Kyron, luego, ven a vernos a la taberna.



—Tu fe y fervor no tienen
parangón. Hasta hay quienes las
llamarían insensatez. Pero lo que
está claro es que, sea cual sea la
fuerza que te guía a hacerlo, lo
hace porque eres *digna*.

—¿A quiénes?

—Regald quiere contarnos no sé qué contratiempo, y Nalina nos ha prometido una ronda tras los últimos sucesos. Eres más que bienvenida.

—No sé si tendré tiempo... —murmuró Faerin, más que nada para sí.

Pasó un instante antes de que Meradyth se cruzara de brazos de nuevo.

—No irás... a abandonarnos, ¿verdad?

Faerin dejó de inspeccionar las muescas de la silla y levantó la cabeza súbitamente.

—¿Q-qué?

—Que las llamas me asistan —dijo Meradyth mientras se pellizcaba el puente de la nariz—. Tienes esa mirada. La que tenías cuando te fuiste a buscar a Ry... Mm.

Aquel comentario pilló a Faerin por sorpresa. No pudo hacer otra cosa que quedarse mirando, sin saber qué decir.

Meradyth continuó antes de que perdiera los estribos o pudiera interrumpirla:

—Tu fe y fervor no tienen parangón. Hasta hay quienes las llamarían insensatez. Pero lo que está claro es que, sea cual sea la fuerza que te guía a hacerlo, lo hace porque eres *digna*. Lo has sido desde el principio, desde la primera vez que nos encontró la Sombra. Y aunque no puedo confiar en entidades desconocidas, en ti sí. Fuiste tú la que prendió la Llama sagrada en mí tras pasarme años asustada por la oscuridad. Si algo te alienta, no cabe duda de que es el camino adecuado. Pero, al menos... al menos no nos hagas soportar más pérdidas repentinas.

Dicho lo cual, asintió con un gesto rápido y se marchó rápidamente por donde había venido mientras Faerin la seguía con la mirada.

«Porque eres digna. Lo has sido desde el principio, desde la primera vez que nos encontró la Sombra».



Faerin recordaba aquella noche, cuando la Llama sagrada cobró vida en su interior por primera vez, el momento en el que su existencia en Santificación cambió para siempre. El orfanato no estaba tan vacío por aquel entonces. La gente hacía lo que suele hacer: buscar compañía, hacer promesas y tener hijos. Pero aún había una guerra

en la que luchar. Los nerubianos y los kobismales no se iban a rendir solo porque los arathi decidieran construir sus vidas en aquel lugar. Unas vidas que se vieron truncadas en muchos casos.

Aunque las circunstancias que traían niños nuevos al orfanato se debían siempre a la pobreza, Faerin había descubierto que ese lugar seguía siendo una bendición. Un hogar al que podían acudir. Y ella iba hacer todo lo posible para que fuese lo más acogedor y cálido posible.

Esa noche en concreto había decidido contar ella la historia mientras Sygfraed se encargaba de otros asuntos. Los deberes de aquel hombre estaban cada vez más relacionados con tareas administrativas: gestión de suministros, alimentos y la educación e instrucción de los jóvenes. Resultaba que regentar un orfanato en el subsuelo del mundo era muy laborioso. Sygfraed se quejaba de eso a menudo por aquel entonces.

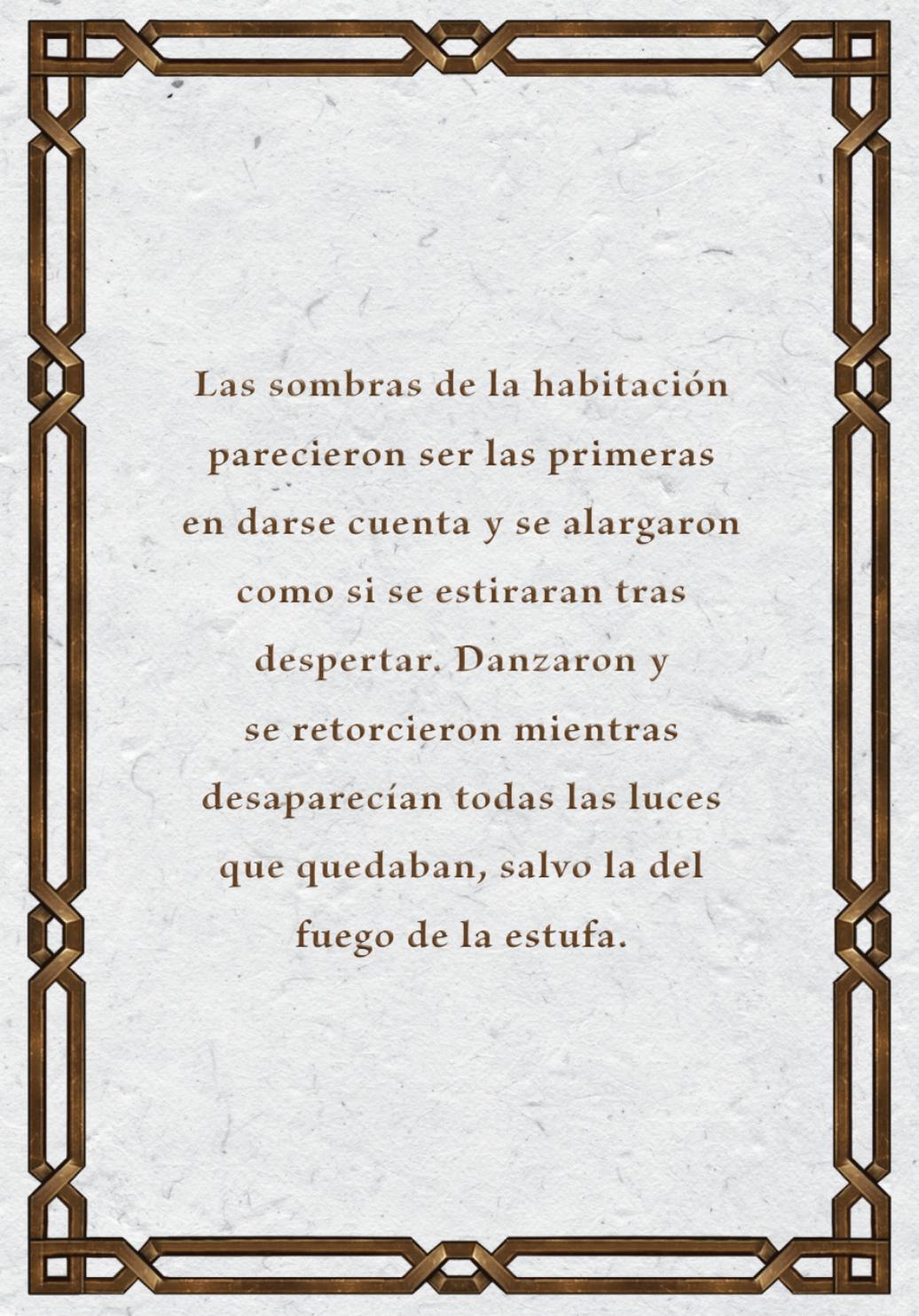
Y fue en aquellos tiempos cuando el historial de rebeldía de Faerin llegó a su punto álgido. La adolescencia hizo que surgiera un fuego completamente nuevo que se resistía a que la vieran o la trataran como a una cría. El hecho de cuidar a los niños le brindaba cierto alivio, ya que era una responsabilidad nueva y un deber protegerlos, pero también era agotador. Además, ella era consciente de que podía aportar *más cosas* y sus habilidades iban más allá de leer historias.

Por suerte, le *gustaba* hacerlo.

—Esta es muy buena —dijo triunfante tras pasar las páginas del libro quizá por milésima vez, esperando encontrar las dedicadas a la reina perdida, con la misma suerte de siempre.

En su lugar, encontró una historia sobre un príncipe que había aprendido magia de una dragona. Las historias sobre hechizos y criaturas míticas siempre tenían buena acogida, pero aquella noche su público quería otra cosa: la *cena*. Ninguna de las clases de Faerin la había preparado para la tarea de controlar a un grupo de críos hambrientos.

Dejó el libro sobre su regazo y puso la espalda recta para que el tomo se quedara abierto y apoyado contra su torso. Así tendría la mano libre para pasar las páginas, simular combates de espadas y lanzar zarpazos al aire como un monstruo mágico. Hoy era una dragona azur de relucientes escamas y alas brillantes. La historia no incluía todo eso, pero ella se imaginaba que, si tuviera alas, brillarían.



Las sombras de la habitación
parecieron ser las primeras
en darse cuenta y se alargaron
como si se estiraran tras
despertar. Danzaron y
se retorcieron mientras
desaparecían todas las luces
que quedaban, salvo la del
fuego de la estufa.

Faerin fue subiendo el volumen de su voz a medida que recitaba la historia de memoria:

—El príncipe miró a la dragona y se dio cuenta de que había encontrado a su maestra. Dijo: «Gloriosa y poderosa...». ¡Molly! Molly, no te metas eso en... Ay. ¡Un momento!

Dejó el libro sobre la silla y se dirigió a la niña pequeña de piel morena que había cumplido tres años la pasada primavera. Faerin se acordaba de todos sus nombres y de sus cumpleaños. Alguien debía hacerlo. Era importante.

—Moliana, venga, ¡seguro que la cena estará mucho más deliciosa que ese cubo! Se arrodilló en el suelo y le quitó el juguete a la pequeña, que luchó con valentía, pero acabó con lágrimas en el rabllo de los ojos.

Eso hizo que a Faerin le diese un vuelco el corazón.

—Ay, está bien —se rindió con una sonrisa mientras la cría profería un chillido de victoria.

Por suerte, se puso a jugar con su botín en lugar de intentar comérselo.

Faerin se levantó para volver a la silla y siguió con la lectura, pero un movimiento al otro lado del ventanal, frente al edificio, le llamó la atención. Unos soldados del ejército de Golpeacero pasaban corriendo por allí. Probablemente estuvieran de maniobras. O quizá fuese que los reservistas se habían quedado en la taberna durante demasiado tiempo y ahora llegaban tarde a la instrucción.

—Alguien está en problemas —canturreó Faerin en voz baja antes de volver a quitarle el juguete de la boca a Molly.

Hizo una mueca al ver que la niña lanzaba un grito, y entonces metió la mano en el bolsillo de su pantalón para sacar algo.

Molly observó con los ojos muy abiertos el mendrugo de pan de miel que le ofrecía Faerin al tiempo que se secaba los ojos castaños y sorbía por la nariz. Tenía un par de días, pero estaba bueno. Se había guardado la ración en lugar de comérsela la segunda noche consecutiva en la que Sygfraed se había sentado a cenar con aspecto desalentado.

El resto de los niños, al verlo, se acercaron. Faerin extendió la tela sobre el suelo para que compartieran la comida. Sintió que le brotaba una cierta calidez en el pecho al ver cómo se iluminaban las caras de los niños con aquel aperitivo. Y ni siquiera se fijó

en las migas que caían, a pesar de que después tendría que barrer la primera planta de arriba a abajo. Merecía sobradamente la pena.

—Que sea nuestro secreto, ¿vale? —dijo con una pequeña risa mientras se ponía un dedo sobre los labios.

Los niños la imitaron entre risitas, como solían hacer.

Pero, a medida que afloraba el buen humor, la habitación comenzó a oscurecerse. Sucedió lentamente. La luz se fue apagando como si el sol se hubiera ocultado tras unas nubes. Después de tantos años, Faerin seguía recordando el sol. Más o menos. Recordaba que salía y se ponía. Y la caída de la noche.

Las sombras de la habitación parecieron ser las primeras en darse cuenta y se alargaron como si se estiraran tras despertar. Danzaron y se retorcieron mientras desaparecían todas las luces que quedaban, salvo la del fuego de la estufa. A medida que la luz se apagaba, también lo hicieron las voces. Todos los niños se quedaron callados a la vez. Cosa que nunca pasaba, a menos que estuvieran dormidos.

Sygfraed se alejó de la estufa, con un cazo en la mano. El sonido de sus pasos era como el trueno en medio del estremecedor silencio.

—Quedaos todos donde estáis —dijo mientras abría la puerta y echaba un vistazo al exterior.

Faerin les hizo un gesto a los niños para que guardaran silencio mientras se acercaba al gran ventanal que daba a la plaza.

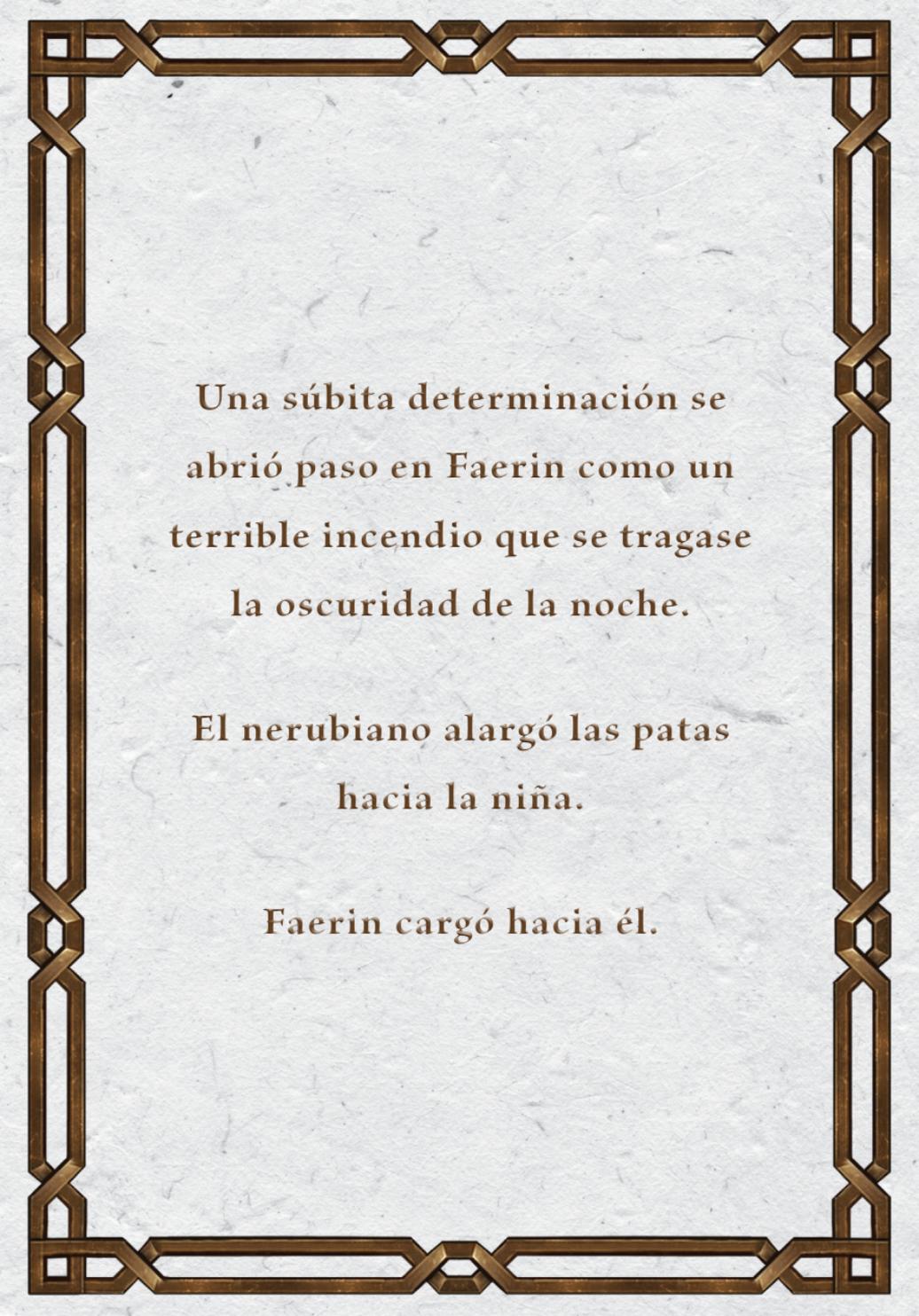
La gente estaba parada en la calle, tras interrumpir sus idas y venidas. Algunos llevaban cestas o bolsas en las manos. Había incluso un carromato tirado por un lince imperial. Todo el mundo miraba en la misma dirección —hacia Beledar—, con las caras marcadas por la sorpresa, la incredulidad o el terror.

Faerin entornó los ojos y se pegó al cristal intentando ver lo que estaban observando.

—Faerin Lothar, ¡aléjate de la ventana! —rugió Sygfraed mientras atravesaba la habitación a toda prisa y guiaba a los niños hacia el sótano.

Un escalofrío de sorpresa atravesó a Faerin. Por lo general, no solía alzar la voz ni para regañarla.

El deseo de protestar le separó los labios. *«¡Solo estaba mirando!»*. Pero, antes de



Una súbita determinación se
abrió paso en Faerin como un
terrible incendio que se tragase
la oscuridad de la noche.

El nerubiano alargó las patas
hacia la niña.

Faerin cargó hacia él.

poder pronunciar esas palabras, la ventana explotó en una lluvia de cristales y madera, acompañada por un crujido de metal. Los gritos llenaron el aire mientras un paladín caía en la habitación, arrojado desde fuera.

Chocó contra la pared más alejada y luego se desplomó en el suelo. La lanza y el escudo se le cayeron de las manos inmóviles. Había unos surcos terribles en su armadura, manchados de rojo y ennegrecidos por la sangre. Fuera se alzó un chillido —agudo e inhumano— en señal de victoria, y Faerin sintió que todo el cuerpo se le ponía rígido.

Nerubianos.

—¡Faerin! —gritó Sygfraed mientras apremiaba a los huérfanos para que bajasen. Podían permanecer ocultos en el sótano hasta que terminara el ataque. Atrancar la entrada y esperar.

Pero antes de que Faerin pudiera ponerse a salvo, una sombra cayó sobre la habitación. Una monstruosidad provista de varios miembros había ocupado el espacio donde antes estuviera la ventana. Se irguió sobre las patas, con un cuerpo bulboso que parecía sacado de una pesadilla, unas mandíbulas chasqueadoras y multitud de ojos que centelleaban con malicia a la titilante luz del fuego moribundo.

«Proteged todas las entradas. Buscad un arma, una posición defensiva y poneos a cubierto».

Faerin recordó las órdenes de Golpeacero para caso de ataque, dirigidas a todos los habitantes de Santificación. Se agachó tras una mesa volcada de lado y se tapó la boca para ahogar un gemido que amenazaba con escapársele de los labios. Al otro lado de la habitación, vio que Sygfraed cerraba la puerta del sótano para salvar a los niños.

Ya no quedaba nadie más que ella, el monstruo y el paladín caído.

Mientras el nerubiano avanzaba, Faerin retrocedió, encogida. El corazón le retumbaba en los oídos y el miedo le recorría los nervios.

—La muerte se acerca —gruñó una voz sorda, chasqueando con un siseo retumbante.

Faerin sintió un nudo en la garganta y estuvo a punto de caer al suelo de puro terror. Podía huir. Si corría hacia la escalera trasera, llegaría arriba, a los dormitorios. Allí habría una cómoda o un armario donde podría esconderse y rezar para que la puerta aguantase hasta que llegara ayuda.

Pero, en ese momento, un débil lloriqueo llamó la atención de Faerin, que abrió los ojos de par en par. No fue la única en darse cuenta, porque el nerubiano se volvió hacia el sonido. Allí, a gatas bajo una silla volcada, se encontraba la pequeña Molly. La niña, con un gimoteo, se echó a llorar. Faerin *conocía* ese llanto. Lo había oído más veces de las que era capaz de recordar. La pobre niña, incapaz de quedarse en silencio, estaba atrayendo el peligro hacia ella.

Por la mente de Faerin pasaron varios pensamientos a la vez mientras el corazón le retumbaba en los oídos. No había nadie más allí. Si los monstruos habían llegado a una zona tan profunda de Mereldar, era porque los soldados estaban ocupados luchando. No había nadie a quien llamar. Y la luz de Beledar ya no brillaba lo suficiente como para protegerlos de los peligros de la oscuridad.

Nada.

Nadie.

«*Yo estoy aquí*», protestó algo en el interior de Faerin con furia. Les había prometido a Molly y a los demás que cuidaría de ellos. Siempre decía que la Llama sagrada siempre aparecería para aquellos que más la necesitaran, tal y como había hecho con los héroes de sus historias. Igual que cuando Craishae apareció para su pueblo, en medio de la guerra y la matanza.

Siempre que quede alguien para cargar con ella...

... una antorcha brillará en la noche.

Cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. El calor que sentía en el pecho se intensificó hasta consumir el miedo que la paralizaba. Se puso en pie en el mismo instante en que el nerubiano se alzaba sobre Molly, quien por fin se atrevió a alzar la carita. Los ojos oscuros de la niña se abrieron de par en par, rebosantes de terror. Una súbita determinación se abrió paso en Faerin como un terrible incendio que se tragase la oscuridad de la noche.

El nerubiano alargó las patas hacia la niña.

Faerin cargó hacia él.

Soltó un aullido. Una luz le deslumbró mientras daba un salto para interponerse entre aquellas garras estiradas y la niña. La criatura chilló. Faerin se preparó para el dolor.

No pasó nada.

Con un parpadeo, abrió los ojos y sintió que la sorpresa le hacía un nudo en la garganta. Una cúpula de luz radiante se alzaba alrededor de Molly y de ella. El origen, que era la palma de su mano alzada, brillaba como el oro. El nerubiano intentó golpear el escudo, pero la Luz evitó que el ataque alcanzara su objetivo.

El monstruo chilló, frustrado por el bocado que se le negaba, pero aquel arrebato se vio interrumpido por la punta de una lanza que le atravesó el pecho. Un icor espeso salpicó el suelo y chisporroteó al entrar en contacto con la cúpula mientras del monstruo brotaban más y más zarcillos sanguinolentos al forcejear contra la hoja, que estaba cortando sus apéndices en pedazos. Chasqueó y gorgoteó varias veces, presa de los estertores de la muerte, hasta que, finalmente, se desplomó con un impacto húmedo.

De pie sobre el cadáver, apoyado en el otro extremo de la lanza, se encontraba el paladín que antes había atravesado la ventana. Sus jadeos resonaban tras el bacinete mientras sus ojos miraban fijamente a Faerin. La confusión que le provocaba aquella situación era patente en sus ojos, pero, poco a poco, se fue convirtiendo en comprensión, para acabar en la primera de muchas miradas de admiración que recibiría Faerin durante los siguientes años.

—Eso... eso lo haces tú —dijo con voz baja y agónica.

Faerin solo pudo responder con un gesto de asentimiento mientras bajaba la mano poco a poco. En cuanto lo hizo, la cúpula y la Luz de sus dedos se desvanecieron.

Molly se echó a llorar, agarrada a la pierna de Faerin.

—Increíble —dijo el paladín antes de que un coro de gritos llamara su atención.

Se dio la vuelta con el arma en alto, pero entonces su cuerpo se relajó, aliviado.

—*¡Avanzad!* —gritó una voz conocida. Una voz que Faerin solía oír en tono contenido, manifestando decepción por sus estudios.

La general Golpeacero, seguida por un contingente de soldados, avanzaba en medio de un aluvión metódico de hojas y flechas. Los nerubianos que quedaban en las calles huyeron chillando hacia la oscuridad o cayeron eliminados.

—Alabada sea la Llama —suspiró el paladín, antes de quitarse el yelmo.

Faerin lo reconoció. Ryton Blackholme. Era uno de los miembros más jóvenes de la expedición. Un combatiente con talento y tan hábil forjando hojas como empuñándolas. Faerin no conocía a todos los soldados que estaban a las órdenes de

la general, pero sí a aquellos que se habían labrado una reputación. El paladín miró a Molly y luego a Faerin.

—¿Estáis heridas?

Faerin logró negar con la cabeza, pero la pequeña Molly se limitó a seguir agarrada a ella.

—Bien —dijo Ryton, más tranquilo ante la proximidad de las voces de los soldados.

Al ver cómo se relajaba, el puño de miedo que aprisionaba el corazón de Faerin comenzó a aflojarse. Lo había conseguido. Se había enfrentado a los monstruos en la oscuridad.

—Te llamas Faerin, ¿verdad? —preguntó Ryton con voz ronca.

Ella asintió. No le resultaba sorprendente que la conociera. Como había sido la primera y la única niña en todo el asentamiento, casi todos sabían ya que era famosa por darle un sinfín de dolores de cabeza a la general Golpeacero.

—Tienes valor —prosiguió el paladín—. Y parece que algo más.

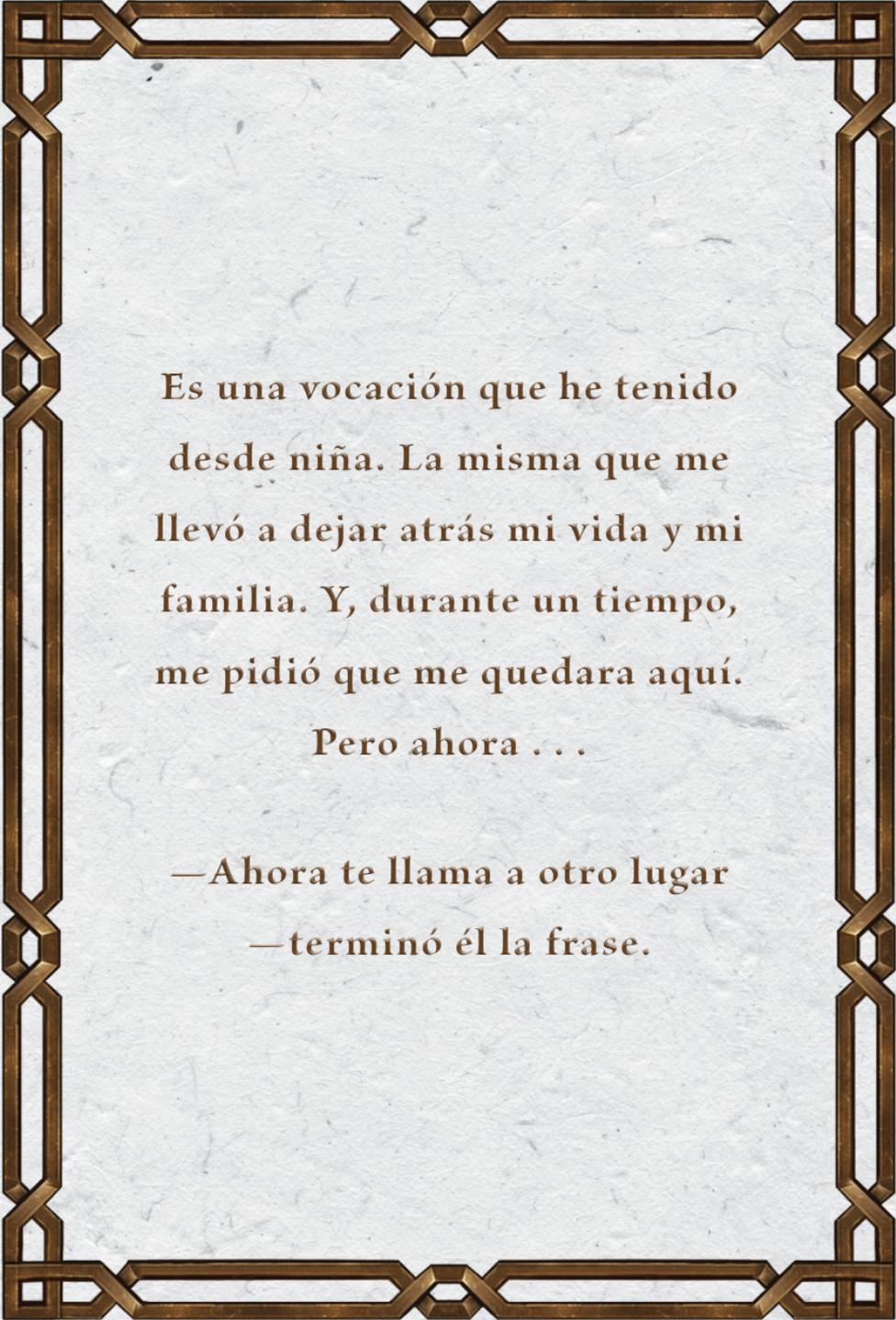
Por supuesto, ni Sygfraed ni la general se mostraron entusiasmados al enterarse de la valentía de Faerin, y ambos hicieron hincapié en que no estaba entrenada adecuadamente para el combate y tendría que haber seguido el protocolo. Pero no cabía duda de que aquel día se había salvado más de una vida gracias a la valentía de Faerin. Por ello, y gracias a su incipiente habilidad en el dominio de la Llama sagrada, la general permitió a regañadientes que comenzara a recibir instrucción en combate.

Durante los meses siguientes, mientras reparaban el orfanato —sustituyeron la ventana destrozada con madera reforzada para formar un muro—, Faerin fue pasando cada vez menos tiempo allí. Estaba centrada en su nuevo camino, el camino que la había llevado al lugar donde se encontraba ahora.

Su mente continuó recorriendo recuerdo tras recuerdo: su primer día como soldado en la instrucción, la última vez que luchó codo con codo con Ryton y el momento en el que hizo el juramento para convertirse en prendelámparas y llevar la Luz consigo a la oscuridad.

Y ahora estaba allí para pedir que le dejaran llevarla todavía más lejos.

—Faerin, ¿querías verme? —preguntó una voz.



Es una vocación que he tenido desde niña. La misma que me llevó a dejar atrás mi vida y mi familia. Y, durante un tiempo, me pidió que me quedara aquí.

Pero ahora . . .

—Ahora te llama a otro lugar

—terminó él la frase.

Era la segunda vez aquel día que la pillaban desprevenida. El Gran Kyron se detuvo a poca distancia. Su expresión parecía divertida y curiosa, pero con algún indicio sutil de preocupación.

Faerin se puso en pie de golpe mientras lo saludaba con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Gran Kyron. Perdona... No pretendía... Quería hablar contigo, si es posible.

—Por supuesto.

Le hizo un gesto para que lo siguiera a la zona de reuniones. La decoración era modesta: sobre todo, había mapas clavados en las paredes en los que se habían dibujado una y otra vez los movimientos del enemigo y de las tropas, tanto de los prendelámparas como de la guarnición de la general.

Faerin había pasado mucho tiempo en aquella sala, por buenas razones y por otras no tan buenas. En aquel momento se dio cuenta de que quizá fuese la última vez en la que se reunía allí con su comandante.

—¿Va todo bien? —preguntó el Gran Kyron mientras rodeaba la mesa para sentarse.

—Sí. Es d-decir, no hay ningún problema.

«Activo». Faerin comenzó a hablar, pero tuvo que aclararse la garganta al notar que se le quebraba la voz. Respiró lentamente.

Faerin no era ajena al miedo. Lo conocía, se había enfrentado a él muchas veces y lo había conquistado muchas más, pero siempre acababa por resurgir. Como un enemigo invencible. Un adversario inmortal. Aunque era el miedo lo que muchas veces la llevaba a actuar, era la fe lo que siempre la guiaba. Esta vez pasaría lo mismo.

—No hay ningún problema —repitió—. Pero me gustaría realizar una solicitud formal. Anduin, Alleria y los demás volverán pronto a la superficie. Me gustaría acompañarlos.

La expresión que se dibujó en el rostro de Kyron no era lo que ella esperaba. Se había preparado para la decepción, puede que para la incredulidad o incluso para la ira, a pesar de que nunca hubiera visto expresar aquellas emociones al Gran Kyron. En su lugar, lo que vio fue un leve gesto de comprensión.

—Intuía que acabaríamos manteniendo esta conversación.

Faerin fue incapaz de ocultar su sorpresa.

—¿En... en serio?

—Pues claro. Desde hace un tiempo.

Kyron le pidió que se sentara, cosa que ella hizo al momento.

—Después de ver cómo te has comportado en las últimas semanas, participando en la defensa no solo de Santificación, sino de toda Khaz Algar, tu solicitud no me resulta sorprendente.

Faerin notó la conocida sensación del puño que le atenazaba el corazón, pero esta vez el causante no era el miedo.

—Servir a mi pueblo como prendelámparas, y hacerlo a tus órdenes, ha sido el mayor honor de mi vida.

—Pero... —replicó el Gran Kyron al ver que el silencio se alargaba entre ellos.

—Pero hay algo... *más* que debo hacer —concluyó ella—. No tengo del todo claro lo que es, pero sé que debo cumplir un deber. Allí fuera. Es una vocación que he tenido desde niña. La misma que me llevó a dejar atrás mi vida y mi familia. Y, durante un tiempo, me pidió que me quedara aquí. Pero ahora...

—Ahora te llama a otro lugar —terminó él la frase.

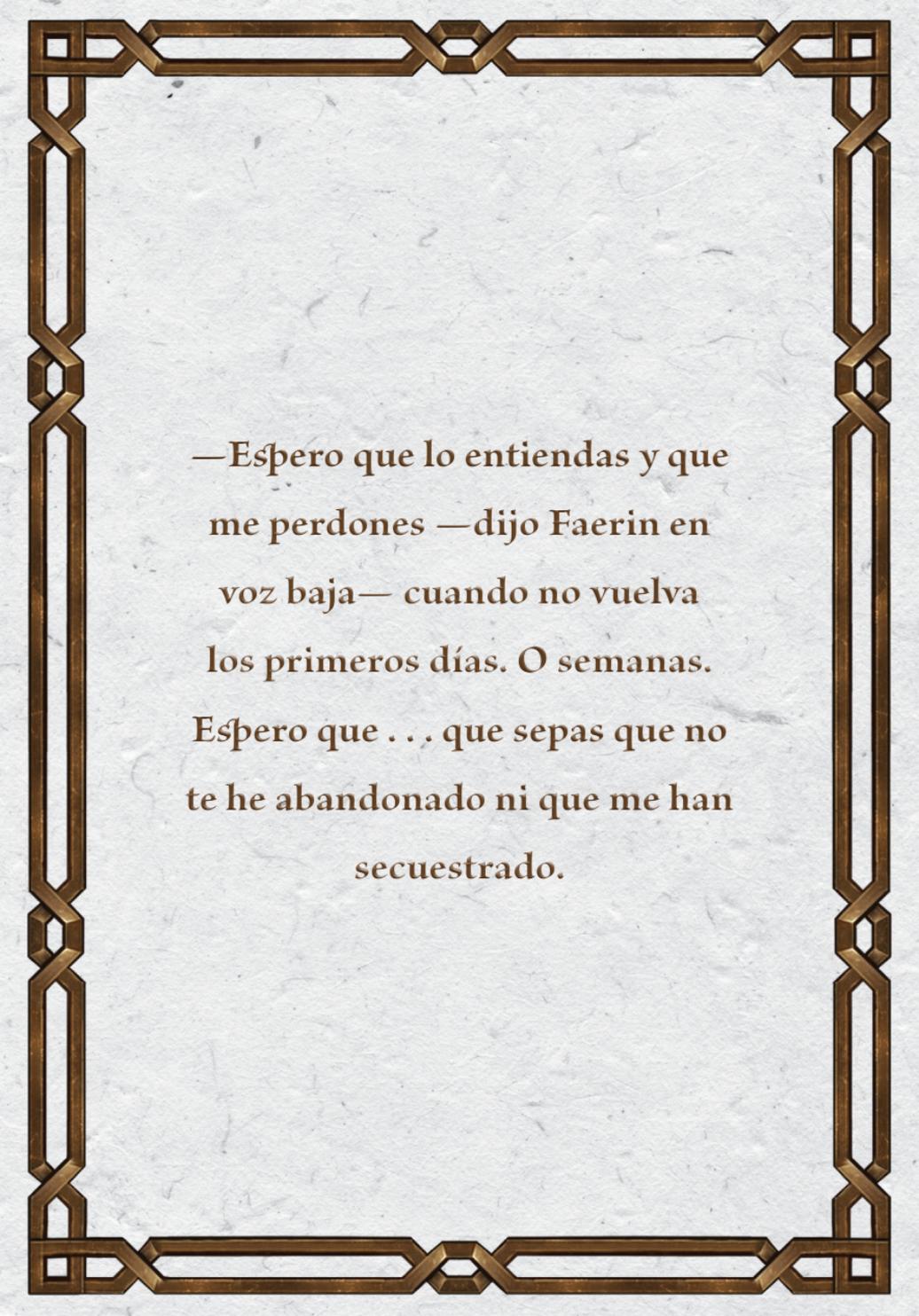
Faerin levantó la barbilla para enfrentarse directamente al gesto férreo pero no descortés del Gran Kyron. Se hizo el silencio una vez más, y esta vez Faerin sintió que iba a ahogarse en él.

«Ahora *viene la parte de la decepción*», pensó.

Pero Kyron se limitó a mirarla durante un instante, antes de volver a romper el silencio.

—Faerin, has sido una de las mejores entre nosotros. Eso no cambiará solo porque estés en otro lugar. He entrenado a muchos prendelámparas a lo largo de mi vida, y no creo que los halagos sirvan más que para mellar una hoja afilada, pero he visto que la fe te ha traído hasta aquí. Si fue eso lo que hizo que cruzaras el mundo para adentrarte en sus profundidades y ahora te llama de nuevo, creo que sería un error que no respondieras. Y aunque no sé adónde te llevará ese camino, sí *tengo* clara una cosa... y es que se te echará de menos.

La sonrisa de Kyron relajó la tensión que Faerin no era consciente de haber sentido hasta entonces. Liberada, notó que brotaban lágrimas en sus ojos. Quiso contenerlas de



—Espero que lo entiendas y que me perdones —dijo Faerin en voz baja— cuando no vuelva los primeros días. O semanas. Espero que . . . que sepas que no te he abandonado ni que me han secuestrado.

inmediato, ocultar una respuesta emocional tan inapropiada, pero la mirada del Gran Kyron le hizo entender que no era necesario.

—Qué apropiado que una de las casas más prominentes del imperio esté a punto de ascender en los tiempos que corren. Pero Santificación será un lugar un poco más oscuro —se lamentó Kyron con tono de cierta amargura.

Faerin parpadeó rápidamente mientras permitía por fin que afloraran a sus ojos unas lágrimas de alegría y pena a la vez.

—Pero la Llama sagrada arde eternamente.

El comandante dejó que se marchara para realizar los preparativos de su partida, lo que implicaba la parte de todo el asunto que menos le apetecía: despedirse.

Fue fácil encontrar a casi todos sus compañeros prendelámparas en la taberna que Meradyth le había mencionado. De camino al lugar, Faerin estuvo pensando cómo explicar lo que iba a hacer: si debía decírselo en privado a cada uno de ellos o soltárselo a todos a la vez. Al final se decantó por hacerlo de golpe y sin rodeos.

Tras pronunciar las palabras necesarias, se hizo un gran silencio, mientras todos la miraban. Instantes después, estalló un escándalo de júbilo. Todos la felicitaron y le ofrecieron sus mejores deseos. Algunos se quejaron jocosamente y con celos por no poder acompañarla, pero al final decidieron ahogar sus penas en la bendita bebida. ¿Por qué no iban a hacerlo? Aunque echaría de menos aquella camaradería, había logrado una gran victoria junto a sus aliados de todo Khaz Algar. Si había algún momento en el que pudieran permitirse un momento de frivolidad, era aquel.

Pero hubo un breve instante en el que Meradyth apartó a Faerin de los demás para murmurar, con la copa pegada a los labios:

—Lo sabía.

—Sí —suspiró Faerin, resignada pero sonriente—. Lo sabías.

Meradyth la señaló.

—Siempre acierto. Y aunque esto no me complace nada, sí que *me alegro* por ti. Me enorgullece que seas mi amiga.

Faerin sintió un torrente de calidez en todo el pecho, mientras una amplia sonrisa le cruzaba el rostro.

Meradyth la abrazó con fuerza y firmeza.

—Gracias por tu valor sincero. Y por todo lo demás.

Faerin le devolvió el abrazo con tanta firmeza como pudo. Luego llegó el momento de marcharse.

La noche dio paso a otro día de despedidas mientras empaquetaba sus escasas posesiones. La siguiente persona con la que quiso hablar fue la general Golpeacero, que no dudó en calificar todo aquello como una demostración más de comportamiento poco apropiado.

—Que sepas que tu obstinado rechazo a seguir el protocolo te acabará llevando de cabeza otros peligros, peligros que estarán fuera de mi... alcance. —dijo con un tono desprovisto de todo enfado o de la irritación habitual que solía expresar ante Faerin—. Tampoco es que me hayas necesitado para salvarte últimamente —reconoció mientras dejaba caer los hombros y soltaba un hondo suspiro.

En ese instante, Faerin vio un atisbo de la mujer que había bajo la guerrera. El agotamiento que conllevaba cargar sobre los hombros el bienestar de toda una comunidad.

—Te he necesitado desde el principio —dijo con tono conciliador desde el otro lado de la larga mesa, donde esperaba, en posición de firmes—. Y no me cabe duda de que te necesitaré de nuevo en el futuro, pero ahora me llevo tus enseñanzas conmigo. Tus lecciones y tu guía lo han sido todo para mí. Quería... quería que lo supieras.

Las dos mujeres se miraron durante unos instantes. Momentos después, sorprendentemente, fue Golpeacero la que actuó. Cruzó el espacio que las separaba y la abrazó con tanta fuerza que a Faerin le dio un vuelco el corazón. Le devolvió el abrazo aferrándose a la tela que cubría la armadura de su antigua tutora.

—La fuerza de los arathi brilla en tu interior —murmuró Golpeacero antes apartarse para secarse un ojo con gesto discreto. Acto seguido, se puso firme y asintió—. Ve y muéstraselo al mundo.



La siguiente despedida llevó a Faerin hasta los establos, donde un enorme lince descansaba en la entrada mientras mordisqueaba ruidosamente una pelota desgastada

que los huérfanos habían perdido o habían lanzado a los grandes felinos tratando de jugar con ellos.

Pasó junto a la criatura, que apenas movió una oreja mientras seguía mordiendo la pelota, y se dirigió a un corral situado en la parte trasera mientras llamaba con voz cantarina:

—Zarpabraaasaaa.

La lince de Ryton alzó la cabeza en el rincón donde descansaba. La gran felina, más que acostumbrada a las idas y venidas de Faerin, comenzó a ronronear mientras las prendelámparas se agachaba para rascarla y acariciarla por todas partes.

—¿Quién es una buena chica? Eres tú, ¿a que sí? Claro que sí.

A pesar de su aparente aversión a los felinos, Faerin había llegado a disfrutar de la compañía de estas grandes bestias. Eran más intuitivas que la mayoría de la gente.

—Espero que lo entiendas y que me perdones —dijo Faerin en voz baja— cuando no vuelva los primeros días. O semanas. Espero que... que sepas que no te he abandonado ni que me han secuestrado. La agarró del pelaje, pero, al ver que la lince gruñía con un quejido, la soltó. Rodeó el cuello de Zarpabrasa con los brazos y hundió la cara en su pelaje.

—Rezo para que te encuentres bien. Que alguien te traiga pescado fresco y hierba primaveral.

Volvió a notar que afloraban lágrimas, pero esta vez no las derramó. No, todavía tenía una última despedida de la que encargarse después de esta, e iba a necesitar todas sus lágrimas para ella. Apoyó la espalda recta en la madera del establo, con la cabeza de la felina sobre el regazo mientras le rascaba entre las orejas.

Al cabo de una hora de caricias, después de haberle dado tres pedazos de carne, Faerin se echó al hombro la correa de la mochila y se encaminó lentamente hacia los terrenos del priorato, donde mantuvo la cabeza baja, sin saludar más que a aquellos que lo hacían primero. Le pesaba el cuerpo como si tuviera las piernas de plomo y una piedra en el estómago.

Caminó por los mismos senderos que días atrás habían estado infestados de miseria y sombras, donde habían atacado los nerubianos ascendidos desde la oscuridad. La Presagista les había arrebatado su lugar de poder más sagrado, y Faerin, Alleria,

Anduin y muchos otros campeones del viejo mundo habían tenido que presentar batalla para expulsar hasta los últimos vestigios de la influencia del Vacío. Alleria y su gente habían tenido la fortuna de recuperar a un amigo muy querido al que creían perdido. Por fin, Anduin había asimilado lo que Faerin llevaba tanto tiempo diciéndole: que la Llama sagrada no abandona a los que la necesitan. Y, pese a todo, notó una punzada de amargura al transitar aquel sendero ya conocido.

Como suele decirse, es humano sentir tales cosas. Padecer el dolor de la pérdida y la pena tan intensamente como el dolor del filo de un cuchillo. Pero lamentarse a causa de aquellos sentimientos no era el estilo de los arathi ni de los prendelámparas. Ser conscientes de ellos, eso sí, pero también la capacidad de encontrar el coraje y la fuerza necesarios para salir adelante.

Habían rescatado a Khadgar, el amigo de Alleria. Al pensarlo, Faerin se preguntó, y no por primera vez, por qué no podía pasar lo mismo con *sus* amigos. ¿Por qué no había pasado con Ryton, Andari, los padres de Molly o con cualquiera de los otros que le habían arrebatado a pesar de sus esfuerzos y los del resto de prendelámparas?

Desechó estos pensamientos al llegar a su destino, una elevación rocosa cerca del puente que llevaba a los Campos de Primavera. Se detuvo allí para contemplar la vista, escuchar el sonido de la rueda hidráulica a su espalda y observar las naves que circulaban en las alturas. Estaba en uno de los lugares que más les gustaban a Andari y a ella. Iban allí durante los escasos momentos que tenían para tomarse un respiro. A jugar partida tras partida de Gambito de la Luz o a sentarse a charlar, no como prendelámparas o soldados, sino como amigas.

En aquel instante, sabiendo que quizá fuera la última vez que veía aquel lugar, Faerin sintió la presencia de Andari como si estuviera a su lado. Apretó con fuerza un par de piezas de Gambito de Luz recién talladas y pintadas, y las lágrimas que había logrado contener durante días corrieron libres.

—Daría cualquier cosa porque estuvieras aquí —protestó con la cabeza gacha orientada hacia el viento y el brazo apretado con fuerza alrededor del torso. Apretaba con tal fuerza las piezas de madera que empezó a dolerle la mano—. Una parte de mí sabe que, si estuvieras aquí, tú misma me prepararías la mochila y me mandarías al camino. Y quizá hasta... me acompañarías. Puede que incluso te lo pidiese.

Incapaz de contener una débil risa, dio un paso para arrodillarse en la hierba mientras colocaba las piezas en aquel lugar.

Mientras pasaba los dedos por la tierra, volvió a pensar en todo lo que habían compartido y el tiempo que pasaron juntas. Su sacrificio. Su valentía.

—Siempre te llevaré conmigo —susurró—. Tu recuerdo será una luz a mis pies. Cuida a los demás por mí. Protégelos cuando yo no pueda hacerlo. Que la Llama preserve tu espíritu.

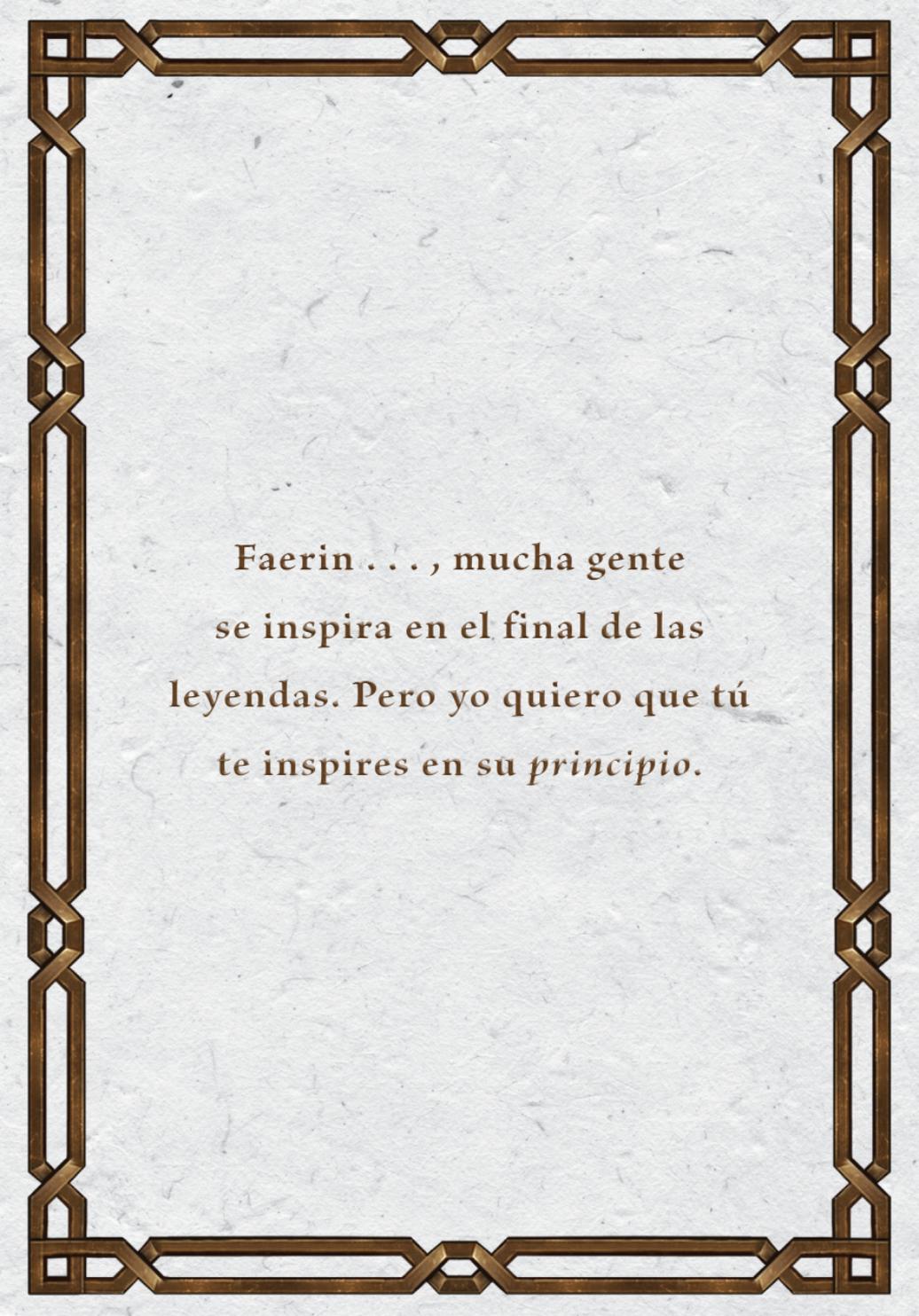
Tenía la vista emborronada, pero se puso en pie con las piernas temblorosas y se dio la vuelta.

Cada paso le parecía más pesado que el anterior, pero, en cierto modo, también más ligero. Ya estaba. Aunque era consciente de que había hecho lo que debía y de que el proceso había ido mejor de lo que esperaba, esto solo intensificó su dolor por lo que dejaba atrás. Echaba de menos a Ryton, quien siempre sabía lo que decir o hacer para tranquilizarla. Echaba de menos a Andari, quien, a buen seguro, la habría ayudado a procesarlo todo con una partida de Gambito de Luz. Conocer el pasado era una cosa, transitarlo era otra muy distinta y hacerlo a solas...

Solía preguntarse con frecuencia si la reina Craishae habría echado de menos a la gente a la que dejó atrás cuando partió en su viaje para salvar el mundo sabiendo que quizá no volvería jamás. Cuando se bañó en las aguas ígneas y quemó en ellas todo cuanto había sido antes.

—Pues claro que lo hizo —le había dicho Sygfraed una noche en la que le planteó aquella pregunta tras pasar días pensando en los parecidos entre aquella historia y la suya. En aquel momento, el hombre había fruncido ligeramente el ceño—. Pero el sacrificio no es una aspiración. Es una aceptación. Craishae siguió luchando por la supervivencia y vivió plenamente honrando a aquellos que cayeron antes que ella. Faerin..., mucha gente se inspira en el final de las leyendas. Pero yo quiero que tú te inspires en su *principio*.

Al igual que Craishae comenzó su leyenda, henchida de esperanza y determinación, Faerin sintió un fuego que ardía en su interior. Y gracias a esa llama pudo seguir dando cada paso, alejándose cada vez más de aquel lugar especial que había compartido con Andari, de los recuerdos de Ryton, de los prendelámparas, del establo



Faerin . . . , mucha gente
se inspira en el final de las
leyendas. Pero yo quiero que tú
te inspires en su *principio*.

y de Zarpabrasa, de la general Golpeacero, del orfanato y de los niños que vivían allí, y también de Sygfraed, de quien no había sido capaz de despedirse. En realidad, no. Con un poco de suerte, los pequeños se acordarían de ella y pensarían que se había marchado hacia una gran aventura como la de las historias que les contaba. Y, quién sabe. Quizá, con el tiempo, podría contarles historias nuevas, historias vividas por ella.



Ya había viajado antes a Dornogal, pero esta vez la sensación era distinta. Tal vez el cielo pareciese más despejado, ahora que no tenía la certeza de que volvería a su hogar subterráneo. Puede que el aire le resultara más fresco ahora que sabía que iba a dejar atrás aquellas tierras y costumbres conocidas para marcharse a lugares nuevos.

Fuera cual fuera el motivo, hizo que apresurara el paso mientras se acercaba al grupo reunido que iba a atravesar un portal para emprender el viaje hacia el viejo mundo. Una viva emoción palpitaba en sus venas. Ardía de forma parecida, y a la vez muy distinta, a la Luz, que también vibraba con ansiedad en su interior.

Vio a Anduin entre la muchedumbre que se acercaba y no pudo sino sonreír de oreja a oreja al ver su expresión risueña. Parecía... más brillante, menos apesadumbrado de aquel modo que ella conocía pero que no podía nombrar.

—¡Faerin! —la llamó—. Estaba empezando a tener miedo de que... Bueno...

—¿De que hubiera cambiado de idea sobre dejar atrás mi juramento, mis amigos y todo lo que he conocido por irme de aventuras a un mundo nuevo y gigantesco? —preguntó ella arqueando una ceja en un gesto que esperaba fuese *ligeramente* acusatorio.

Un torrente de satisfacción recorrió sus venas al ver la expresión de desconcierto de Anduin. Se echó a reír y le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo. Voy a ir, y con la bendición de todos los que me importan y con mi gratitud por todo lo que me han enseñado.

El alivio que se manifestó en el rostro de Anduin resultó igual de gratificante.

—¡Lo digo porque lo habría entendido! Que hubieras cambiado de opinión, quiero decir. Soy consciente de que yo regreso de una aventura por el interior del mundo.

—¿Y qué es lo que querías conseguir? —preguntó Faerin con cierto tono de duda—. Me refiero a la aventura. ¿Has encontrado lo que andabas buscando?

El hombre se quedó callado mientras fruncía el ceño. Bajó la mirada unos instantes y luego la levantó hacia ella con una sonrisa dulce.

—Sí.

—Faerin. —Jaina Valiente se acercó hasta quedarse al lado de Anduin; primero lo miró a él y luego a ella—. —Me alegro de verte. Anduin estaba preocupado por si no llegabas a tiempo.

—¿No me digas? —preguntó Faerin con una sonrisa mientras el rey enmudecía un instante.

Anduin carraspeó.

—Solo me preocupaba el hecho de que tuvieras que cruzar el portal tú sola. No tenía claro si ya habías usado la magia para viajar con anterioridad, y es un proceso que, como poco, puede desorientarte si es la primera vez que lo usas. No quería que tuvieras que experimentar algo así por tu cuenta.

Jaina sonrió sin decir nada mientras le lanzaba una mirada cómplice más que elocuente.

—En cualquier caso, me alegro de que estés aquí y le hayas dado a probar una dosis de su propia medicina.

—¿Cómo? —preguntó Anduin recuperándose de su breve desconcierto.

—Ahora ya sabes lo que es cuidar de un noble testarudo y propenso a hacer lo que le da la gana en lugar de lo que le aconsejan.

Anduin resopló.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Sabes perfectamente lo que quiere decir, *Jerek*.

El ligero rubor que le subió al rey por todo el cuello no pasó desapercibido a los presentes, pero nadie hizo un comentario al respecto porque Jaina, indulgente, cambió de tema.

—Faerin, debes saber que hemos tenido que convencer a Danath para que estuviera de acuerdo con todo esto. En nuestro hogar están pasando... muchas cosas que debe atender de inmediato, y eso también va por nosotros. Pero quiero que sepas

que estarás en las mejores manos y que nos tendrás a tu disposición si necesitas algo.

Faerin asintió sin mudar la sonrisa que había esbozado hacía rato. En su fuero interno, debía reconocer que le decepcionaba que no fuera Anduin quien le iba a mostrar el viejo mundo porque él había sido el que más cosas le había contado al respecto. Pero sabía que tenía deberes que atender ahora que iba a regresar y la Presagista seguía en paradero desconocido.

Le dio las gracias a Jaina cuando se marchó y luego se volvió hacia Anduin, con una sonrisa ligeramente más cálida.

—¿Jerek?

Él joven tosió tapándose la boca mientras se ponía colorado. Se dio la vuelta mirando a todas partes menos a Faerin. Cosa que a ella le pareció muy tierna.

—Esa es una historia que tendré que contarte en otra ocasión. Estamos listos para marcharnos en cualquier momento. ¿Dónde está Danath?

Danath Aterratrols apareció en ese momento entre los presentes, como si hubiera reaccionado a la mención de su nombre. El viejo rey y soldado, curtido en mil batallas y siempre alerta, hizo una reverencia ante Anduin —que se la devolvió rápidamente— y luego se volvió hacia Faerin.

—Tú debes de ser la prendelámparas Lothar. —dijo mientras le tendía la mano, que Faerin aceptó—. Es un honor.

—Lo mismo digo.

Le echó una última mirada a Anduin, quien parecía haber recuperado la compostura bastante bien.

—Espero que el viejo mundo esté a la altura de tus expectativas —dijo Danath.

—Lo cierto es que no sé qué esperar —reconoció Faerin.

El viejo mundo era un enigma para ella, lleno de maravillas y peligros por igual. Pero la historia de la reina Craishae seguía resonando en su corazón y, centrada en ella como estaba, sintió que se despejaban todas sus dudas. Respondería a su vocación, al igual que hiciera su antepasada. La Llama sagrada la guiaría en todo aquello que le resultara desconocido. Irguió los hombros y levantó la barbilla.

—Pero estoy deseando averiguarlo.

SOBRE LA AUTORA

Nombrada una de las 100 afroamericanas más influyentes por *The Root* y BET, Leatrice «Elle» McKinney (o L. L. McKinney, como le gusta escribirlo) es una defensora de la igualdad y la inclusión en el mundo editorial, así como la creadora de los hashtags #PublishingPaidMe y #WhatWoCWritersHear.

Le encantan los cómics, el anime, los videojuegos, la ciencia ficción y la fantasía. Sus esfuerzos van dirigidos a que en estos medios tenga su fiel reflejo la diversidad del mundo en el que vivimos. Es una fanática acérrima de HeiHej y vive en Kansas City. Pasa su tiempo libre con su familia o rodeada de sus gatos: don Chester Pelusón Narizbotón Ronroneitor de Bigotes Bailongos Blandiblu III e ilustrísimo barón de Caramelito, y don Humphrey Zarpanicus de la Gran Zarpita Maúllez y Catador de Sardinias, Destructor de las cosas que me gustan. O Chester y Humphrey, si queremos las versiones cortas.

Sus obras incluyen los libros de Nightmare-Verse, las aclamadas novelas gráficas *Nubia* de DC y *Black Widow: Bad Blood* de Marvel, entre otras muchas.